

Biblioteca

SANTA TERESA DE JESUS

SU ASPECTO MISTICO Y LITERARIO

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE
S. JERONIMO DE BURGOS EN LA
APERTURA DE CURSO DE 1914-1915

POR

D. DANIEL TORRE GARRIDO,

Profesor de 3.^{er} año de Latin y Humanidades.



**BU
1829
(14)**

BURGOS
Imprenta de «El Monte Carmelo»
1914.

T. 37622

C. 54765

BPE Burgos



3354765 BU 1829 (14)

1054703

BU 1829 (14)

SANTA TERESA DE JESUS

SU ASPECTO MISTICO Y LITERARIO



DISCURSO PRONUNCIADO EN LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE
S. JERONIMO DE BURGOS EN LA
APERTURA DE CURSO DE 1914-1915

A la Biblioteca Provincial

POR

El Autor

D. DANIEL TORRE GARRIDO,

Profesor de 3.^{er} año de Latin y Humanidades.



BURGOS

Imprenta de «El Monte Carmelo»

1914.

: : CON LICENCIA DE LA : :
: AUTORIDAD ECLESIASTICA :

Santa Teresa de Jesús ::::

::::::: Su aspecto místico y literario

EXCMO. E ILMO. SEÑOR (1):
RESPECTABLE CLAUSTRO DE DOCTORES Y PROFESORES:
QUERIDOS ALUMNOS:
SEÑORES:

Solemnidad de la Ceremonia.—Al reanudarse el curso.

Han llegado los momentos solemnes de la apertura de curso.

Alumnos y profesores, claustros de Facultades, representaciones y personas amigas nos hemos reunido en esta Capilla de la Universidad para pedir que nos ilumine al que es verdad pura por esencia y Padre de las lumbres. De El se derrama la luz al mundo de los espíritus y sin invocar su auxilio, no podíamos ponernos en marcha, ni emprender el curso académico, en el cual cada uno tiene señalado su puesto y sus deberes, abrazándonos con ellos dentro del orden que se regula por la disciplina y mutua dependencia, mientras desde la alta cumbre de la Jerarquía armoniza todas las evoluciones nuestro Excmo. y Rvmo. Prelado, que hoy nos honra con su presidencia.

En estos momentos todo viene a despertar el espíritu para que fije su mirada en la importancia del acto. El esplendor de las ceremonias que a mis ojos se acrece por el marco de

1 Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. D. José Cadena y Eleta, Arzobispo de la Diócesis.

sobriedad con que orla sus actos oficiales el Seminario, así como el docto y numeroso concurso ante quienes en medio de religioso silencio dejaré escuchar mis palabras, me aturden y me deslumbran, pues en el día de hoy no dejan de pesar sobre mí gravísimos respetos, ni son mudas estas paredes, esas aulas y esos patios, ni puede por menos de entorpecer la lengua teniendo que hablar ante el cuerpo ilustre de Profesores, cuya enseñanza escuché largos años, y entre vosotros, amados alumnos, que acudís desde los últimos confines de la Diócesis, trayendo a este recinto, solitario durante las vacaciones, el alegre bullicio de la juventud a par del generoso estímulo por los estudios eclesiásticos, empresa la más alta que junto con la virtud puede ocupar las energías del hombre.

Volvemos, pues, a reanudar todos la vida de Seminario. Y por fuerza he de ser yo quien este año eche sobre mis hombros la carga de leer el discurso de apertura. Carga a un tiempo dulce y abrumadora: dulce, pues cuanto pueda significar ofrenda de respeto a amabilísimos compañeros y alumnos, produce satisfacción inefable; mas a un tiempo abrumadora, pues tenéis derecho a exigir de mí un discurso digno de vosotros y en ese empeño salir con gloria está tal vez sobre mis fuerzas y desde luego sobre la preparación que he consagrado al asunto.

Materia del discurso.—Teresa de Jesús.

Pensando a solas en materia que fuese de vuestro agrado y que al mismo tiempo tuviera actualidad como hoy se dice, me ocurrió que podría hablaros de la insigne reformadora del Carmelo, Teresa de Jesús. Al efecto estamos en el centenario de su Beatificación y ¿quién rehusa aportar su encomio, o por lo menos no recaba su adhesión humilde al coro de alabanzas que por todas partes consagran a su santidad y a sus escritos? Añadid que entre la noble legión de las almas que buscan la sabiduría, ninguno de sus héroes se adelantó como ella en la inexplorada región de la Mística, descubriendo nueva tierra y nuevos cielos. Los trofeos de sus exploraciones, que se guardan en el templo del saber, causan admiración y sorpresa a cuantos detenidamente los contemplan.

Cualidades que esmaltan su espíritu.—Se destaca sola.

Dios derramó en abundancia sus dones sobre aquel espíritu sediento de verdad: amó la sabiduría y encumbróse sobre los doctores en la ciencia del espíritu; rodeó en busca de la recóndita vena y a los mismos pechos de Dios sorbió a grandes tragos la ciencia transcendente; compulsó con letrados las secretas comunicaciones divinas, colmándolos de elogios; hoy en cambio a la gran Doctora acuden los teólogos para hacerse luz en el misterio: entre angustias caminó cuesta arriba hasta la suprema cumbre de la contemplación, mas ella es para las almas luz y segura guía; de suerte que aun entre los sabios a los más esquivos los desconcierta el prodigio de su vida y no hay quien deje de rendirse a la magia y hechizo de aquella Virgen castellana que con ninguna de su sexo admite paralelo, y en el mundo de la santidad y del arte se destaca sola, como si los moldes en que vaciara Dios aquel carácter, los hubiese roto el alfarero para que solo España y esta generosa tierra de Castilla tuviesen ese tesoro, ejemplar único, insuperable y preciosísimo.

Equilibrio de facultades.—Piedra imán.

Fué enriquecida Teresa con dones así naturales como sobreañadidos, y en cuanto especula es tan poderosa, tan plástica su concepción, tan realista y figurativa su inteligencia, que las ideas vístense con los más hermosos colores de la imagen y de tal suerte en medio de la anchura y varonil arresto se aunan en aquel corazón femenino la delicadeza y el profundo sentir, tal equilibrio armoniza sus facultades, que la lectura de sus obras provoca un ambiente de simpatía y seductor atractivo, habiendo sido en vida y después de su muerte, según dice uno de sus primeros panegiristas «la piedra imán del mundo, que todo lo llevaba tras sí con una violencia amorosa» (1).

1 Sermón predicado por el franciscano Fr. Diego Murillo en Zaragoza, año de 1615

La teoría y la acción.

En Teresa de Jesús las teorías no agotan su eficacia en especulaciones abstractas: aquella monjita de la Encarnación las transforma en hechos, realizando totalmente el ideal místico; no se pierde en baldío la actividad de su briosa y rica existencia; no crece viciosa en el ubérrimo suelo de su espíritu la planta de soñadores idealismos: sucediéndose lentamente crisis hondas y desgarradoras, a fuerza de bucear entre tinieblas emerge a la serena claridad de Dios que la embiste hasta el centro del alma, hiriéndola con noticias y toques amorosos; pero desde la secreta recámara del Castillo donde se regalaba con su Esposo, sale a recorrer el mundo, enardecida la frente cual otro Moisés, despidiendo rayos de su mirada y animosa lanzándose a la acción para pegar fuego a las almas, andariega por ambas Castillas, por Andalucía y Extremadura, pronta a reñir por Cristo las batallas que ella refiere en sus **Fundaciones**.

Aspecto bajo el que debe estudiarse.—El criterio profano.

Integralmente no puede estudiarse a Teresa de Jesús desde un punto de vista profano; así y todo jueces escépticos dan a sus escritos la valoración más grande que se puede imaginar. «Vale más—dice D. Juan Valera (1)—que cuantas mujeres escribieron en el mundo. A la altura de Cervantes, por mucho que yo le admire, he de poner a Shakespeare, a Dante y quizás al Ariosto y a Camoëns; pero toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aun queda inmensamente por bajo comparada a Santa Teresa».

Sería pueril, sin embargo, suponer que la gloria que nimba la frente de Teresa es claridad que irradiá del brillante sol de la literatura. Hubo y hay mujeres en el mundo que conocen mejor que ella los cánones de la estética literaria,

1 Juan Valera.—Estudios críticos.—Colección de Escritores Castellanos.—Madrid, 1888, págs. 406 y 407.

que depuraron su gusto con la lectura de modelos en las principales literaturas clásicas y modernas, que aprendieron a torner la frase, que conocen los secretos del elemento pictórico y musical del nunca domeñado lenguaje, que se apropian con soltura la conversación familiar, imitan el sabroso *folk-lore* del vulgo, o adoptan el noble ademán académico de impecable estructura y casticismo irreprochable. Aunque en corto número no faltan escritoras, modelo de delicadeza femenina, o que a veces agradan por su pasión impetuosa e hirviente; empero todas quedan muy por bajo de Teresa, que no fué letrera y llevó una vida asendereada, llena de vicisitudes y contratiempos. Pues «adivina la palabra más propia, halla con asombrosa facilidad la comparación más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos» que tienen por teatro el íntimo santuario de la conciencia, donde Dios se comunica con el hombre. No necesitaba iniciación en cenáculos literarios ella que con replegarse sobre sí misma, encuentra en el centro de su Castillo interior al Maestro divino; ella que a través de las Moradas ilumina sus senderos con vislumbres y centellas de sabiduría celestial. Por muy secretas, por altísimas que sean las cosas que suceden en su alma, ella las refiere con el desembarazo con que narra sus impresiones un viajero, y sin perder detalle escruta los senos más hondos de su espíritu, descorre el velo y con sencillo candor, que excluye todo engaño, muestra un mundo interior que parece abreviado cielo y gira vistiéndose de lumbres en torno al sol divino que envía sobre él su claridad y misteriosos reverberos. Considerando en conjunto sus escritos, adviértese además no sólo en la santidad, sino en su carácter y estilo, un milagro perpetuo ascendente, que crece y llega a su colmo en su último libro «El Castillo Interior» o «Las Moradas» obra la más perfecta que salió de su pluma.

No es extraño que para muchos Teresa de Jesús constituya por sí sola en la producción literaria una categoría aparte; de donde con ser tan cabal artista en sus escritos, cualquier criterio retórico con que se juzguen resultará inadecuado e incompleto, pues sus obras más bien que creación genial, son algo divino, porque, como dice Fr. Luis de León, «las escribió un pecho en quien Dios vivía y que se presume le movía a escribirlas».

Se sale en cierto modo del alcance de la crítica literaria, así como remonta las más altas cumbres de la Teología especulativa. Pero es tan admirable su magisterio, que no será en vano considerarla en su doble «ASPECTO MISTICO Y LITERARIO».

La Carta de Pío X.—Elogios a su doctrina.

Comencemos por las palabras de elogio que salieron de labios de la Autoridad infalible (1).

«Fué la virgen avilesa honra y prez del orbe católico, pues el Señor la colmó de espíritu, sabiduría y entendimiento, enriqueciéndola en sumo grado con los tesoros de su gracia. Generosa y pródiga con ella la naturaleza, de singular penetración de espíritu, grandeza de ánimo, energía de carácter y admirable sentido práctico, fueron más sorprendentes aún las grandes virtudes y ricos carismas que hermozeaban su alma. Inconmovible en la fe que gobernaba su espíritu, era profundamente sumisa al magisterio de la Iglesia: nadie se adhirió con más firmeza a sus enseñanzas. Así mereció llegar al grado más sublime en el conocimiento de altísimos arcanos y conversó familiarmente con Dios, como Moisés, viéndole cara a cara. Tuvo muy tierna devoción a N. S. J. C. identificándose los trabajos, penas y solicitud de Cristo. El divino Esposo la elevó por medio de la Humanidad adorable a la más subida contemplación de los misterios del Verbo, mereciendo aquellas soberanas hablas interiores y el pacto nupcial, no viviendo ya para sí desde aquel feliz momento, sino toda para Cristo.

»Hoy que priva en demasía el amor a la novedad, habiendo penetrado hasta el campo de la Ascética y mística cristianas, importa mantener religiosamente lo que enseñó Teresa. Sorprende en sus escritos no sólo el conocimiento perfecto de las cosas divinas, sino su penetración y clarividencia para los secretos y complicados resortes del corazón humano, habiendo sabido pegar a cuanto escribe tanta eficacia

1 Está extractado casi a la letra de la carta que dirigió S. S. el Papa Pío X (f. r.) al Preósito General de Garmelitas Descalzos con motivo del Centenario de la Beatificación en 7 de marzo de 1914.

y tan suaves atractivos que dulcemente embelesado el lector, le cautiva un sabor celestial más bien que humano.

Por las más altas cumbres de la Teología Mística camina Teresa con tanta libertad de espíritu, que se diría vive en ellas como en su propio reino. En esa ciencia no hay para ella secreto, expone sus enseñanzas con sencillez y claridad, y lo que sin orden o en diversos lugares enseñaron los Padres de la Iglesia, ella lo reduce a un cuerpo de sistema con sin igual maestría y elegancia. Como si previese los modernos errores, Teresa distingue perfectamente lo que hay de humano y divino en los movimientos místicos del alma, y no sólo discierne los actos que pertenecen al entendimiento o a la voluntad, sino que exige vayan acompañados con la práctica de las virtudes».

Apenas caben mayores elogios de la doctrina Teresiana: no es extraño que la tomen por guía y maestra cuantos escriben sobre Teología mística, ni que la Iglesia consagre a la Reformadora del Carmelo en su liturgia encomios que se reservan para los Doctores. Oportunísima fué además la intervención del Pontífice Pío X para consolidar en nuestro siglo el magisterio de Santa Teresa, que con su hijo predilecto San Juan de la Cruz, constituyen los polos, alrededor de los cuales gira el pensamiento místico. La producción bibliográfica sobre Mística, así hortodoxa como heterodoxa aumenta por años. Las discusiones enardecen los ánimos y acaso al comentar la letra de los Maestros, por prejuicios de opinión queda hecho girones el sentido y aun se traba batalla en los mismos umbrales de la Mística Teología, y giros oscuros, como oscuras son también las teorías ultracientíficas y modernísimas que se debaten, enmarañan la sencilla diafanidad y transparencia de Teresa que vació siempre cuanto pensaba o sentía en espontáneo y alado lenguaje, trasunto de aquel con que se comunican los ángeles o desahogan los querubes sus incendios de amor.

Apreciaciones erróneas sobre Teresa.—Libros de caballerías.

—Letra sin espíritu.

En sentido heterodoxo se han hecho peregrinas apreciaciones sobre Santa Teresa. Hay quien explica la original y por-

tentosa mística Teresiana por una imitación afortunada de los libros de caballerías, los cuales según Ticknor, representan nuestro espíritu aventurero en lo profano, así como la literatura ascética y mística le representan en lo sagrado. Se necesita vulgaridad y miopía en los críticos para persuadirse que de un género convencional y artificioso opuesto *per diametrum* al sobrenatural maravilloso, todo realidad, trajese origen la sabrosa y limpia vena de inspiración mística; que del amaneamiento de los relatos caballerescos proceda «aquel regalado y candoroso estilo de Teresa, el más personal que hubo en el mundo».

Otros no escatiman su elogio para Teresa como mujer y como escritora, pero en cuanto mística la reputan una ilusa y enferma de la mente. Han dado algunos en la flor de decir que nuestros ascetas y místicos son portentosos por los matices y lumbres del estilo, pero al leerlos prescinden de sus ideas que califican de disparatadas o les importan poquísimo. Confieso que nunca dí valor al cascabeleo de frases o a los períodos rotundos sin contenido substancial. Si a través de la forma, no quedan al descubierto bellezas de fondo, si no palpita un interés viviente e imperecedero, si al unísono de la música de las palabras no resuena la armonía del pensamiento, si no evoca la palabra otro mundo ideal con otros horizontes, donde como el águila ensaye la mente sus robustas batientes alas, más inmensos que el ancho espacio y más ricos que el universo, cerraría los ojos por no ver una estrella sin luz, un hermoso semblante sin vida.

La dinamogenia.—El criterio sensualista.

No faltan epicúreos que extirpan del alma sus facultades más excelsas y se forjan una teoría del amor sobre la base única del organismo. La mística carece para ellos de fundamento psicológico y aun moral, empuja hacia el vértigo a la fantasía, traduce el símbolo en vestidura carnal y tangible y aun el arrobamiento y el éxtasis se tiñen con baño sensual. ¿Me atreveré a decirlo? en sus labios Teresa es una vehemente Safo cristiana, sus éxtasis un erotismo imaginario, sus visiones un desenfreno, un caso más de *dinamogenia*, una perversión del apetito sensual represado por vicioso ascetismo.

Abandonando asqueados la base única del organismo, nadie ignora que otros son los fundamentos firmes del amor y sin el de Dios, que funda y hermosea los otros amores, no hay amor que valga, así como tampoco sin raíces de espiritualidad.

Necesita pasarse de listo quien descubra en la Mística re-sabios de sensualismo, quien explique la rica, la portentosa y sutil psicología Teresiana por el empeño en traducir los símbolos a vestidura carnal y tangible. Aun cuando la ascensión mística fuera una hipótesis desprovista de fundamento real, en todos los sistemas se inicia hollando sobre la sensualidad, desprendiéndose de ligaduras terrenas, y en su vuelo, serenados y quietos los apetitos, refrenada la pasión, dejando aparte imágenes sensibles, desnuda el alma de cuanto no sea intelección sencilla, desde el ápice de la mente o sea la inteligencia pura y el afecto supremo, se arroja por introversión maravillosa al abrazo con Dios, cuyas pisadas siente en el más profundo centro, como las sentía el primer hombre entre la fronda al socaire de los árboles del paraíso. Podrá rebatirse la concepción mística como sueño, aunque sueño al fin celestial y sublime, pero achacarle la nota de sensualismo sera no menor locura que pretender con el chapoteo de los pies enlodar la bóveda celeste, luminosa y diáfana.

El histerismo y la subconsciencia.

La moderna psicología desde algún tiempo, hace también sus ensayos para explicar el misticismo de Santa Teresa. Atrinchurada en el naturalismo, opone a las maravillas de los contemplativos la *neurosis* y patología mental, e invariablemente cuando se les presenta la inefable floración mística como teatro del poder de Dios sobre las fuerzas naturales, contestan con la palabra mágica: HISTERISMO. La escuela de Charcot en 1860 convirtió en histéricos a media humanidad, Babinski limitó a la *neurosis* el campo del histerismo...: después las opiniones del mañana borran las que se dieron por ciertas ayer, como una ola deshace a otra ola, no dejando sino murmullos cuando pasa y la efímera pompa de sus espumas. ¿Cómo explicar con la *psico-neurosis* la mística Teresiana? La zum-

ba de Lasségue en 1908 sobre la asamblea de Neurólogos, nos da derecho a repetir: «La historia es el cesto de los papeles viejos, que no se saben clasificar».

Ved qué juicio merece el histerismo de Santa Teresa a una escritora protestante. «No ha habido persona menos histérica, dice Miss Gabriela Cunninghame. Su vida fué tranquila, arreglada, modelo de orden y disciplina. Sus acciones ajenas a toda suerte de precipitación o apresuramiento. Su inteligencia clara, aguda, vivísima y esta claridad y agudeza lo mismo se manifiesta al dar cuenta de sus visiones que de la fundación de sus conventos». ¡Histéricas!... buscadlas en las clínicas de La Salpêtrière, no en las celdas de los conventos; en la batahola del mundo, no en las cercas del santuario; desfloradas ved allí las víctimas de la *gran miseria psicológica*, aquí se agrupan las almas que renuevan su nunca marchita juventud. ¡Histéricas! con ese enigma pretendéis explicar el brioso y enérgico carácter de Teresa? Apenas puede concebirse mayor distancia que del histérico al místico. Veleidoso aquel e impotente para enfrenar los apetitos, venido a menos el dominio que por naturaleza compete a la razón, sostienen viva la rebelión negando vasallaje, si un solo gusto se les niega: sugestionables, egoístas, fingidos y teatrales la anarquía se adueña del espíritu, siendo juguete de voluntariosa inconstancia. En los místicos por el contrario ¿quién no admira su robusta energía moral? Puros en medio de la corrupción ambiente, la imagen del varón justo, que por depuración de la filosofía estoica tradujo el poeta en versos inmortales, no tiene el fascinador relieve que la imagen realísima de los santos, sobre todo cuando en ellos se acentúa una intensa vida mística. A la tempestad que Dios permite se desencadene furiosa, resisten y en la lucha se mejoran como la añosa encina que se arraiga más firme cuanto es mayor la sacudida del huracán, y en medio el furor de las pasiones, en vez de anegarse, sostiénese el noble equilibrio del alma: si la oscuridad apaga el brillo de las estrellas, no falta el magisterio de la Iglesia y a esa áncora se aferran firmes hasta que amanece Dios al alma; entonces el anillo de la honda paz, momentáneamente turbada, vuelve a engarzar la cadena de sacrificios, que sin buscar el aplauso prodigan a los prójimos, quebrantando los egoísmos, y si desdoblan su personalidad, nó es por dis-

gregación inconsciente, sino por aquel desdoblamiento divino que dijo San Pablo: *Vivo yo, mas no yo, sino Cristo vive en mí.*

La premura de **tiempo** impide exponer **detenidamente** la teoría de la *subconsciencia* en cuanto afecta al misticismo, de la cual son intérpretes respecto a las tendencias concordistas del actual momento W. James (1) y H. Delacroix (2).

Imposible resulta ese concordismo, ora se pretenda desde el campo agnosticista o desde el campo católico, mas lo cierto es que la *subconsciencia* y el *evolucionismo* son la levadura con que suelen amasar sus opiniones sobre mística los publicistas modernos y especie de anillo con que pretenden soldar la heterodoxia evolucionista y las opiniones extremas de algunos católicos. En esos términos imposible resulta la concordia; pero justo es confesar también que entre unos y otros media un abismo. Delacroix explica el proceso místico diciendo que dominadas las formas inferiores de la realidad, la aspiración religiosa recibe su madurez cuando se diluye en la unión con lo divino: los católicos aceptan los hechos místicos sobre la base de la gracia santificante habitual con el cortejo de virtudes y dones que juntamente con ella se infunden al alma. «Los teólogos—dice Delacroix—ven las cosas desde el punto de vista sobrenatural, nosotros las vemos desde el punto de vista natural». Entre esos dos extremos media un abismo. Para los heterodoxos el germen de la idea religiosa sobrevive hasta que se desarrolla la deificación total. Una profunda actividad interior subconsciente, sostenida por inteligencia poderosa constructiva y crítica y altas energías morales produce las maravillas de la intuición mística. Esta intuición es en el fondo idéntica a la del poeta o del artista, a la intuición estética en una palabra, aunque fulgura con distintos matices. Paralelamente al espíritu se eleva la parte fisiológica, predisponiendo a sensaciones profundas que son eco en la región sensitiva de la actividad de la idea religiosa en las regiones superiores de la mente.

Ningún problema resuelve esta teoría, pero el virus de la evolución ha inficionado a algunos Autores católicos que

1. Variedades de la experiencia religiosa, p. 511 y sigs.—y en otros lugares.

2. Estudios sobre historia y Psicología del Misticismo. Preface, III, VII-XIX etc...

extienden al orden sobrenatural y místico las teorías de lo subconsciente. Así, una hipótesis, dislocada de la realidad, nos lleva de enigma en enigma, palpando el absurdo en el largo y tenebroso viaje del proceso de la subconsciencia.

El Castillo Interior.—Concepción Teresiana.—La Mística se distingue esencialmente de la ascética.

Porque mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras, dice Santa Teresa, en el prólogo a «Las Moradas», iré hablando con ellas en lo que escribiere.

Parecía desatino pensar que pudieran sus libros hacer al caso a otras personas. Después se vió claro lo que dice Fr. Luis de León (1) que «hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que encienden sus palabras en el corazón que las lee». En la sorprendente concepción del «Castillo», símbolo que es base para toda ulterior explicación mística, anduvo dando traza el Espíritu divino, para que asentase Teresa sobre buen cimiento el edificio espiritual.

«Se me ofreció—dice—considerar nuestra alma como un Castillo, todo de un diamante u muy claro cristal, a donde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. No hay con qué comparar la gran hermosura del Castillo y la gran capacidad. El engaste u cerca de este Castillo son los cuerpos. La puerta para entrar es la oración y consideración. Este Castillo tiene muchas moradas (2), unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados y en el centro y mitad de todas estas tiene la más principal, que es a donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma (3). Los vasallos del alma son los sentidos y potencias que Dios le dió de su natural, mas con esta diferencia que los sentidos es la gente que vive en los aposentos del Castillo, las potencias son los alcaides y mayordomos y maestresalas.

1 Carta-prólogo a la Vida de Sta. Teresa, dirigida a las MM. Priora Ana de Jesus y Religiosas Carmelitas Descalzas del Monasterio de Madrid, 15 de setiembre 1581.

2 En cada una de estas moradas no consideren pocas piezas, sino de millón.

3 A pesar de las muchas moradas, la Santa distingue siete órdenes principales: en cada una agrupa diversas mercedes místicas.

»No habéis de entender estas moradas una en pos de otra como cosa enhilada, sino poné los ojos en el centro, que es la pieza u palacio a donde está el Rey y considerar como un palmito que para llegar a lo que es de comer, tiene muchas coberturas que todo lo sabroso cercan: así acá, en rededor de esta pieza están muchas y encima lo mesmo, porque las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza, que no le levantan nada. A todas partes se comunica este sol que está en el centro del Castillo».

Esta es la célebre concepción del «Castillo Interior», para dar a entender algo de las mercedes que hace Dios a las almas y las diferencias que hay en ellas, hasta donde hubiese entendido que es posible. Todas será imposible entenderlas nadie, según son muchas, dice la Santa.

La imagen, lo dijimos ya, tiene un valor transcendental, en los escritos de Santa Teresa. Para sencillos y doctos en el fondo de la imagen bulle alta y generosa filosofía, que el filósofo reduce a paradigmas o esquemas dentro de algún sistema, mientras el hombre sencillo come el pan de su alma, sin detenerse en postulados de lógica u ontología. Pero la imagen, el símbolo, la comparación aunque fijan el contorno de la idea, no siempre la presentan diáfana en sus elementos componentes. De aquí que la interpretación, mucho más tratándose de cuestiones místicas obscurísimas y secretas, ha de tropezar con tanteos y oscuridades hasta cuyo fondo es imposible que penetre la luz. A veces la Santa ilustra el valor simbólico de la imagen con otra comparación y no pocas acosando las razones, cuando llega al límite, ingenuamente confiesa: «*Eso no lo sé yo*».

Lo primero que ocurre al leer la grandiosa concepción del Castillo Interior, es si se da perfecta continuidad homogénea desde la primera hasta la última morada: si hay cerraduras y puertas infranqueables a todo esfuerzo natural, pasado cierto límite; si las llaves se entregan a los mayordomos y maestresalas para escrutar las más secretas recámaras del Castillo, o si cada pieza tiene su llave y se entra cuando abre el Esposo; si la luz que alumbra en las moradas místicas difiere esencialmente de la que alumbra en las ascéticas; si el Rey que se asienta en la pieza o palacio central, sale algunas veces a otros aposentos del Castillo, con los arreos de su Majestad o

si por el contrario envía emisarios que dan nuevas de sí, mientras El se mantiene secretísimo, aunque a veces se perciba el silbo de su voz, se sienta a lo lejos su presencia, se rastree por los encendimientos de gloria que le cercan, alguna vislumbre de su hermosura, alguna sombra de su divinidad y de su figura.

Ascética es ejercicio de atletas aplicado al orden espiritual. Mística es actividad secreta y misteriosa, en que además de las potencias naturales, ayudadas con la gracia, interviene una causa superior.

En el ejercicio ascético puede darse indefinidamente mejoramiento progresivo, perfección sin límites, asimilación más o menos absoluta: pero cualquier prolongación ascética jamás nos hará penetrar en los campos de la mística, campos por otro estilo, con otra luz y otro conocimiento, donde se vive otra vida con otras operaciones, sin que quiera decir que en la ascética no lleguemos a cierta contemplación no infusa o vista sencilla de Dios y de los misterios, que guarda analogías con la intuición filosófica.

Hay quienes borran las fronteras entre una y otra. Según Weis, aunque en estado muy remiso, en los mismos albores de la vida espiritual se inicia la mística. La Ascética, dice Schwalm, es preparación connatural para la Mística, pues la contemplación entra en el desarrollo normal de la virtud.

«No hay discontinuidad, ni diversidad, sino perfecta unidad, constituida por larga serie de transiciones graduales insensibles entre extremos a primera vista inconexos» (1).

«Quien tiene los *dones* tiene los verdaderos gérmenes y rudimentos de la vida mística y si esos actos se multiplican, el alma se encuentra ya en estado místico» (2).

No es extraño que Zahn, haciéndose intérprete de un sector numeroso de los controversistas modernos coloque la esencia de la unión mística en el desenvolvimiento especialmente luminoso de la conciencia que reposa sobre la fe, se afianza en el estado de gracia y se enriquece con los dones del Espíritu Santo.

1 Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia por el P. Arintero. Libro III. Evolución mística. 2.ª parte cap. IV párrafos 2.º y 3.º págs. 608-642.

2 P. Boulléteix en «Revue Agustinienne».

Según doctrina tradicional—para mí al menos no ofrece duda—la Mística difiere esencialmente de la Ascética siguiendo rumbos completamente diversos. Incluye aquella en las operaciones contemplativas un elemento nuevo esencialmente distinto de las actividades psicológicas normales ayudadas con la gracia ordinaria. Ese elemento nuevo es la presencia activa de Dios que irradia luces de conocimiento y amor infuso sobre el alma, habilitada por los dones para aquel impulso extraordinario del Espíritu Santo, que la arrebató a la unión divina. Porque «en lo místico—dice Fr. Miguel de la Fuente C. D.—siempre andan juntos conocimiento y amor» (2), tendiendo al abrazo del alma y junta estrechísima con Dios. «Algunas veces (3), es ilustrada el alma y luce la luz en las tinieblas, derivándose derechamente esta influencia mística al entendimiento y participando algo la voluntad con una serenidad y sencillez tan delgada y deleitable al sentido del alma, que no se le puede dar nombre».

Las operaciones místicas, si se exceptúan acaso los subidos toques substanciales, se reciben siempre sobre el entendimiento y la voluntad, aunque graduando de mil maneras la intensidad con que se reciben en cada potencia. La presencia activa de Dios manifiéstase en lo que con frase gráfica, concentrada y feliz llama San Juan de la Cruz *noticia infusa de Dios amorosa*.

Esto es postulado y base en toda la especulación mística de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, por manera que nunca da Dios sabiduría mística sin amor, ni amor sin sabiduría, y cualquier estilo de presencias espirituales de Dios a este fin se ordenan: *para hacerse ver del alma y enamorarla*.

Ni que decir tiene que «por grandes comunicaciones y presencias, y altas y subidas noticias que un alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios, ni tiene que

1 Los místicos siempre han admitido la doctrina de que no hay amor sin conocimiento. Se debate si el amor puede encenderse extraordinariamente sin que a proporción se aumente el conocimiento. Además, de la voluntad puede según algunos, enviarse luz al entendimiento después de gustar ciertos dones.

Ribot en sus «Problemes de Psychologie affective», Paris, 1909, sostiene que la vida afectiva y la intelectual son irreductibles la una a la otra.

Estudia profundamente el problema el P. H. Noble, O. P., en su libro «La Nature de l'Emotion».

2 Obras de S. Juan de la Cruz. Biblioteca de AA. EE. Noche Oscura, cap. XIII, pág. 128.

ver con él». La noche oscura de la fe nos envuelve durante la peregrinación por la vida: las claras alboradas no doran las cumbres, ni las más altas almenas del castillo, mientras no se rompa la tela en este dulce encuentro.

La experiencia sabrosa.

Al considerar lo que se trae y se lleva en las controversias sobre Mística los dones del Espíritu Santo, he leído lo que escriben sensatos autores escolásticos sobre los dones. El acierto corona su argumentación robusta y ciclópea, marcan con hitos el seguro rumbo que sigue el alma en sus ascensiones espirituales, pero de sus doctas disquisiciones podemos repetir lo que dijo el inspirado cantor,

«Que todas más me llagan
y déjame muriendo

un no sé qué, que quedan balbuciendo» (1).

Otro de los conceptos que jamás puedo reconciliar con la filosofía es *la experiencia sabrosa*, la *sensación espiritual* de Dios en el alma. El P. Poulain dice que «el fondo común de todos los grados de la unión mística se caracterizan por cierta sensación espiritual, como de tacto interior de la presencia de Dios». Un respetable escritor que sigue la orientación de Poulain confiesa que «en el orden natural no hay intelección ex-

1. Por vía de nota extracto sumariísimamente lo que escribe Billot acerca de los dones. De *Virtutibus Infusis*. Romae, 1901; pags. 168, 193.

Recibe como sentencia común la distinción real entre virtudes y dones. pag. 168.

Es muy difícil determinar la razón formal de la distinción entre virtudes y dones. a) según unos debe provenir de los actos a que se ordenan. Las virtudes son para los ordinarios, los dones son para los extraordinarios. Tropezó esta opinión con la dificultad que, infundiéndose en la justificación los dones, Dios proveería de medios ordinarios y comunes a muchos justos, que en su mayor parte no reducirían jamás a acto los hábitos de los dones.

b) Según Sto. Tomás la razón formal de los dones consiste en dar aptitud al alma para ser «*prompte mobilis ab inspiratione divina*», pag. 169 y siguientes vid. thesism VII p. 171-178.

La preparación, con que los dones disponen el alma para mociones *extraordinarias* del Espíritu Santo sobre entendimiento, y voluntad, determina la materia propia de la Mística.

La moción o instinto del Espíritu Santo puede considerarse en sí y en sus efectos. pag. 179-187. El efecto formal de los dones recibidos en las potencias es: «*justare et vultu adaptare facultates ad Spiritum Sanctum ut ad proprium motorem, in quacumque differentia seu genere spiritualium motionum*». Sin los dones pueden darse ilustraciones y mociones del Espíritu Santo pero no *modo habituali* y proporcionado a la perfección del Espíritu que mueve.

perimental; pero en el místico, sí». No entiendo a la verdad los fundamentos filosóficos de esta doctrina, ni qué valor pueda tener de por sí, exclusivamente, cualquier género de *experiencia sabrosa*, para diferenciar el estado místico del que no lo es, o los diversos grados entre sí. Si han de desaparecer los resabios de americanismo y modernismo que frecuentemente desdoran las investigaciones de doctos publicistas, hemos de salir de la región de la experiencia sabrosa, de la sensación y del tacto de lo espiritual para colocarnos en la realidad ontológica, que por maravillosos efectos, de que la conciencia es indicadora, despierta la actividad psicológica, escrutadora y serena de los místicos.

Entre el estado ascético y místico.—La línea divisoria.

¿Cuál es la divisoria entre el estado ascético y el místico? «En el estado místico, dice Sta. Teresa, se comienza a recoger el alma, toca ya cosa sobrenatural, porque en ninguna manera puede ganar aquello por diligencias que haga» (1).

«Comienzan a ser cosas sobrenaturales, (2) y es dificultosísimo de entender. Como se llegan a donde está el Rey, es grande su hermosura y hay cosas tan delicadas que ver y que entender, que el entendimiento, no es capaz para poder dar traza cómo se diga siquiera algo, que venga tan al justo, que no quede bien oscuro para los que no tienen experiencia». El nervio del pensamiento Teresiano se descubre en el largo comentario que dedica a exponer las diferencias entre contentos y gustos.

«Los contentos comienzan de nuestro natural mesmo y acaban en Dios. Los gustos comienzan de Dios y siéntelos el natural y goza de ellos: los contentos nacen de la obra virtuosa, como espontáneo fruto, pero con trabajo; no ensanchan el corazón, antes le aprietan un poco; los gustos.....: no pudo terminar la antítesis, porque el pensamiento de Teresa voló de presto, se distrajo, y cuando logra recapacitar, le enfrena con la lindísima comparación de las fuentes. «Para entenderlo me-

1 Vida, cap. XIV.

2 Moradas cuartas, cap. 1.

por, los que yo llamo *gustos de Dios*, hagamos cuenta que vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua. Estos dos pilones se hinchen de agua de diferentes maneras: el uno viene de más lejos por muchos arcaduces y artificios; el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua y vase hinchendo sin ningún ruido, y si es el manantial caudaloso, (como este que hablamos) después de henchido este pilón, procede un gran arroyo; ni es menester artificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí».

El agua que viene por arcaduces, lo adivináis vosotros, es la contemplación adquirida, que se saca con nuestras diligencias y causa hinchimiento, sí, pero sin hartura, sin suavidad plena. «Estotra fuente viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y lo produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos. Yo no sé hacia donde, ni cómo; ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón, digo en su principio, que después todo lo hinche: vase revertiendo esta agua por todas las moradas y potencias, hasta llegar al cuerpo. No me parece que es cosa que su nacimiento es del corazón, sino de otra parte aun más interior, como una cosa profunda; pienso que debe ser el centro del alma. Aquel ensanchamiento, que así parece, de lo profundo de nosotros parece que se va dilatando, y ensanchando todo nuestro interior, y produciendo unos bienes que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender qué es lo que se da allí. Entiende una fragancia, digamos ahora, como si en aquel hondón interior estuviese un brasero, adonde se echasen olorosos perfumes: ni se ve la lumbre, ni dónde está, mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun hartas veces como he dicho, participa el cuerpo. Mirá, entendedme, que ni se siente calor, ni se huele olor, que más delicada cosa es que estas, sino para dárselo a entender».

La pluma se cae de las manos, al tener que trazar algún rasguño después de lo que escribe Sta. Teresa. *En ninguna manera puede ganar aquello por diligencias que haga.* «Yo no puedo persuadirme a industrias humanas en cosas, que parece puso su Majestad límite y las quiso dejar para Sí» (1). He aquí una señal negativa para reconocer el estado místico. «Pa-

1 Moradas cuartas cap. 3.º p. 450 col. 2.ª ed. Bibl. AA. EE.

rece que se va dilatando y ensanchando todo nuestro interior: su nacimiento no es del corazón sino de otra parte aun más interior. Ese hondón pienso que debe ser el centro del alma». Aquí señala la Santa el venero donde brota y el primer vaso donde se recibe el manar de las aguas secreto, sin artificio ni diligencias. Estamos de lleno en un orden extraordinario que promueve la santificación invirtiendo sobrenaturalmente los motivos de conocer y amar, donde el alma recibe pasivamente altas noticias amorosas acomodándose en sus operaciones al modo de Dios que la impele.

Las leyes que imperan en el mundo sobrenatural guardan analogías con las que gobiernan otros órdenes: la sabiduría de Dios ordenador resplandece en todos los seres y a veces escrutando el filósofo, alcanza la analogía transcendente que unifica en su concepto universal lo que en la superficie apareciera disgregado e inconexo. Antes de remontar el alma las cumbres místicas, se adelgaza con purgaciones terribles, pasando a cuchillo cuanto estorbe la divina unión, para la cual preparan. El choque entre el modo connatural y el modo místico se inicia desde los albores del recogimiento infuso, cuando la prudencia y artificio humano ceden el gobernalle del alma, dejándose cautivar del Espíritu divino. Porque habiendo de ejercerse la acción del Espíritu por medio de los dones sobre lo más noble de las potencias, y su toque substancial en lo vivo y centro del alma, se requiere que la mente no se turbe con el bullicio de potencias inferiores, para lo cual no se anulan, pues esto equivaldría a la tesis del quietismo, pero sí se atajan las energías según su modo natural para subordinarlas a otro modo de más alta operación. La noche del sentido y la noche del espíritu predisponen a la iluminación por una serie de interior tortura y penas insufrideras, que en diversos pasajes esboza con sobrio pincel Teresa, quedando la gloria de desenvolverlas magistralmente a San Juan de la Cruz. No es posible ahora explanar el misterio de estas purgaciones, que en cuanto pasivas pertenecen a la mística, y se ordenan a dejar desnudo el fondo del alma para ir imprimiendo, cual en blanda cera, el sello de la imagen de Dios; pero sí conviene advertir que esta ley de la purgación no se limita a la preparación del estado místico, sino que se extiende universal a todos los grados; pues la región luciente no se escala, sin subir los repe-

chos del monte; ni la glorificación antecede, antes al contrario sigue al Gólgota y el consuelo no brilla sino después de la tribulación que muele al alma, derrocándola en abismos de humildad profunda. Ese apretamiento interior desmenuza las entrañas y se hace tan incómodo que «ningún consuelo parece se admite en esta tempestad». A veces el demonio juega con el alma como con una pelota, pero lo más frecuente es que la luz que se recibe por medio de los dones, «queme en sí el alma, sin saber quién ni por donde le ponen fuego». En ese crisol de penas se aniquila y muere el espíritu para renacer con alas y vida nueva (1). Grados de esa purgación son el ímpetu, el vuelo místico, las heridas, la pena de amor violento y la soledad. De esta última, dice la Santa, que «no parece está el alma en sí, sino en el tejado o techo de sí misma y de todo lo criado como pajarillo solitario». A veces pena y gloria se juntan, pena sosegada y deleite muy puro. Y traen las penas tal señorío, tal provecho que no puede hallarse otro origen, sino en Dios, que sobrenaturalmente las envía.

Así entre misterio se recorre esta zona de luz y sombras, porque no hay claridades que arrollen las tinieblas de la fe, ni gustos o deleites que al par que aquietan las ansias, no ensanchen las cavernas y senos del alma capaces del infinito visto sin velos, el cual en las comunicaciones místicas, por muy estrecha que sea la junta, por muy clara que la visión sea, no se atrecta sino a bulto entre oscuridades, ni se descubre su esencia sino entre resquicios, si bien son «tales las asomadas de gloria y amor que se trasluce» que el ánima desfallece en deliquios, estimando que las tribulaciones no valen la pena de los consuelos, ni los arroyicos de nuestras lágrimas pueden cotejarse *«con los ríos del amor tan anchos y represados que parecen ya mares»*.

Especies cognoscitivas.—Impresiones inteligibles.

No se ha levantado el velo al misterio, ni espero que se levante jamás, en cuanto se relaciona con las impresiones divinas del orden místico.

1 No es posible pasar sin hacer una cita del cap. II de las Moradas quintas, p. 454, 455 y 56 ed. Rivadeneira—La descripción del gusano de seda y sus aplicaciones a la muerte mística no pueden saborearse en extracto; es menester leerlas íntegramente en el original.

Incapaz la inteligencia de aprisionar en conceptos propios las realidades sobreeminentes de lo que pasa a solas entre Dios y el alma, siempre quedará inexplicado qué resortes se ponen en juego para asomar Dios por visos entre oscuros, de suerte que tenga el alma certidumbre de que es El, o cómo las divinas impresiones al entallarse en la roca viva del espíritu, sin merma de la libertad, son cifra a un tiempo distinta y borrosa, son mensaje del cielo, son golpe de luz y cauterio de amor, son imagen representativa del Amado, al par que reverbera de su presencia soberana y prelibación de los goces de la gloria. En el orden representativo hay quien explica todos los grados de la mística por especies inteligibles creadas, naturales *quoad substantiam* y sobrenaturales en cuanto al modo, si bien otros opinan que al menos en el desposorio y matrimonio espiritual, Dios mismo se une inmediatamente, o por especies propias, corroborando previamente la inteligencia con luz infusa que se asemeja al *lumen gloriae*. Mas lo que apenas con gran trabajo se concibe es qué clase de unión objetiva pueda verificarse entre Dios y el alma, proporcionada y que responda a ese orden representativo maravilloso y a la otra no menos admirable unión afectiva, transformante y endiosadora. Los toques substanciales, que dice San Juan de la Cruz, del alma en el más profundo centro, en vez de aclarar el misterio desconciertan más y más junto con las secretas aspiraciones de Dios (1), que retrotraen las grandes visiones de la Trinidad

1 En nota transcribo los pasajes de Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz en que hacen referencia a esas aspiraciones. «Se entiende claro, dice Santa Teresa, por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida a nuestra alma, muy muchas veces tan vivas, que en ninguna manera se puede dudar, porque las siente muy bien el alma, aunque no se saben decir» Moradas séptimas cap. II, p. 483 col. 2.^a ad finem.

S. Juan de la Cruz además de la «Llama de amor Viva» Canción III.^a pags. 280, 240 y sigs., y Canción IV pags. 241 y 12 tiene un pasaje célebre en la Canción 39 del Cántico espiritual sobre aquel verso «El aspirar del aire».

Según la edición crítica de Toledo, 2.^a lectura pag. 359 loc. cit. que corresponde a la edición de Rivadeneira p. 211, dice así:

«Este aspirar del aire es una habilidad que el alma dice que la dará Dios allí, en la comunicación del Espíritu Santo, el cual a manera de aspirar, con aquella su aspiración divina muy subidamente levanta el alma y la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira con el Hijo, y el Hijo con el Padre, que es el mismo Espíritu Santo que a ella le aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirle consigo: porque no sería verdadera y total transformación, si no se transformase el alma en las tres personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado. Lo que en esta transformación temporal pasa acerca de esta comunicación en el alma, no se puede hablar, porque el alma unida y transformada en Dios, aspira en Dios a Dios la misma aspiración divina que Dios, estando ella en El transformada, aspira en sí mismo a ella».

que describe Teresa y las heridas de amor, entre las cuales fué acaso la merced más subida, la Transverberación que describe en los siguientes términos: «Vía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. Víale en las manos un dardo de oro largo y al fin del hierro, me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos; y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios».

No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento» (1). Otros estimarán en más acaso aquellas visiones en las que intervienen especies solas inteligibles desnudas, pero quien se dé cuenta del ciclo Teresiano de visiones de la Santa Humanidad de Cristo, colocará entre las más sublimes esta que aquí refiere, la cual no solo alcanza en sus afectos al sentido, sino que beatifica lo más noble del espíritu y derrite las entrañas con fuego abrasador.

Las potencias en los actos místicos. — Efectos que causan.

De lo que más ayuda tal vez a penetrar en los secretos de la Mística es el examen de los efectos que según las descripciones teresianas causan sobre las potencias cognoscitivas y afectivas los diversos grados de contemplación; qué energías naturales se ligan y qué otras se desenvuelven; cómo revierten las aguas desde el hondón interior a potencias y sentidos;

1 San Juan de la Cruz, al estudiar los cauterios en la canción II de «Llama de amor viva», en la pág. 224 explica cómo un serafín transverbera el corazón con dardo enarbolado. Puede cotejarse con la descripción Teresiana.

cómo se represa el caudaloso río de la divinidad, cómo contiene sus ímpetus en el secreto claustro, cómo otras veces rompe los diques y lleno e impetuoso se derrama.

El somero estudio, aun limitado hasta el éxtasis y el rapto, no puede por menos de resultar árido e incompleto. No obstante, llevará la ventaja de estar tejido con frases de Santa Teresa, tomadas de pasajes muy conocidos de sus obras.

Recogimiento infuso.

La doctrina de Santa Teresa se reduce a los siguientes capítulos (1):

a) Los sentidos y potencias con un silbo tan suave, *que aun casi ellos mismos no lo entienden*, desamparan las cosas exteriores y métense en el Castillo. Esta gente no sé por donde ni cómo oyó el silbo de su Pastor, que no fué por los oídos.

b) Siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior. Santa Teresa trae la imagen del erizo o tortuga cuando se retiran hacia sí, con la diferencia que ellos se entran cuando quieren, mientras acá no está en nuestro poder.

c) No es por el entendimiento adquirido, ni por imaginación. No puedo persuadirme a industrias humanas en cosas que parece puso su Majestad límite y las quiso dejar para sí.

d) Sin ninguna fuerza ni ruido *procure atajar el discurrir del entendimiento, mas no el suspenderle, ni el pensamiento.*

No hay para qué encantar las potencias, sino dejarlas hacer su oficio hasta que Dios las ponga en otro mayor.

Cuando S. M. quiere que el entendimiento cese, ocúpale por otra manera y da una luz en el conocimiento, tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto y sin saber cómo muy mejor enseñado que no con todas nuestras diligencias.

e) Los sentidos se enagenan de lo exterior. El entendimiento cesa en el discurso, atiende a Dios que le llama y se fija en El con suave y amorosa mirada.

1 Trata la Santa en la Vida cap: XIV, XV y XVI y muy detenidamente en «El Castillo», Moradas cuartas, cap. III.

Goza la voluntad, que hace asiento en Dios. El pensamiento se comide, pues no entiende lo que quiere y anda de un cabo a otro como tonto.

Las potencias tienen ya al alcance de la mirada el infinito, el ancho mar, la tierra de promisión. Llegan barruntos de su hermosura, de sus deleites y de su inmensidad. Dios levantará algún día la barrera e impelerá la nave por el inabarcable horizonte de la divina unión.

Oración de Quietud.

En la oración de quietud la mente se eleva a una vista quieta de Dios y de las cosas divinas. Con el nombre genérico de quietud se designa grande variedad de estados que no llegan a la unión plena, pero son dones gratuitos y están por encima del modo ordinario de conocer.

Fr. Francisco de Osuna, enardecido por los bienes de esta oración, exclama en su Abecedario: «¡oh, cuán indecible es el silencio en que callan Dios y el ánimo! Cuando él desciende sobre ella como río de paz y como arroyo de miel muy suave; cuando del que es fuente viva corren a ella las aguas de Silve en silencio; cuando cesando las palabras, vienen a las obras; cuando calla el ánimo, no sabiendo qué demande pues no le falta ningún cumplimiento de sus deseos. Entonces Dios y el alma se corresponden con dones, tornando a reciprocarse el amor en la soledumbre del silencio. Habla Dios, no con palabras sino con seráficas comunicaciones. Háblanse por señas más declaradoras de lo que jamás fueron palabras y finalmente callan Dios y el ánimo como amigos, a los cuales el amor ha hecho tan conformes, que no salgan de un parecer».

Santa Teresa caracteriza uno de los diversos estados de la oración de quietud con el regalado título de *gustos de Dios*. En la quietud promuévese un recogimiento interior de las potencias, para gozar del gusto que da el sentimiento de la *presencia o asistencia* de Dios, con que la favorece Su Majestad. Cada potencia suele estar ocupada en saborear conforme a su naturaleza el mismo panal divino que paladea la voluntad.

«El entendimiento obra muy paso a paso... La voluntad se ocupa de manera, que sin saber como, se cautiva; solo

da consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama. Las lágrimas van con gozo; aunque se sienten, no se procuran».

«Dásele un poco de noticia de los gustos de la gloria. Comienza *Dios a comunicarse*...; quiere por la grandeza *que entienda esta alma*, COMO ESTA S. M. TAN CERCA DE ELLA, que no ha menester de «*enviarle mensajeros*», sino HABLAR ELLA MISMA CON EL y no a voces, porque con menear los labios, la entiende.

Se pone en el alma satisfacción y paz con gran contento y sosiego de las potencias y muy suave deleite. No osa bullirse ni menearse, que de entre las manos parece que se le ha de ir aquel bien. Ni resolgar algunas veces querría.

Una de las formas de la quietud es:

La embriaguez o locura espiritual,

pues da él agua a la garganta a esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás. No parece que está en sí, sino con una manera de «BORRACHEZ DIVINA», que no sabe lo que quiere ni qué pide.

Se da bien a sentir en lo interior del alma que está N. S. bien vecino de ella.

Es un *glorioso desatino*, una «CELESTIAL LOCURA», adonde se desprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma.

De la embriaguez de los gustos de Dios que por la inteligencia y afectos penetran hasta lo interior del alma, resulta

El sueño de las potencias,

que están casi del todo unidas, mas no tan engolfadas que no obren.

Distingue la Mística Doctora una gradación admirable hasta la unión plena, pues como dice muy bien, «hay un mundo interior acá dentro y así como no podemos tener el movimiento del cielo, tampoco podemos detener el movimiento de

las potencias y estase el alma por ventura toda junta con Dios en las moradas muy cercanas». El Espíritu Sto. que alea sobre el alma, va tomando unas veces esta potencia, a veces la otra, para anular por tiempos su giro, sus movimientos naturales y templar su espiritual fibra para los misterios de comunicación que han de desplegarse en más altas moradas a sus ojos atónitos.

«Las potencias, en el sueño místico, ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran. Solo tienen habilidad para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna».

«No están absortas, ni tan suspensas que se pueda llamar arrobamiento. Las potencias conviértelas tanto en sí el divino Esposo, que como una persona, que el gran placer y contento la desmaya, le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos y arrimada al sagrado costado y aquellos pechos divinos: no sabe más de gozar, sustentada con aquella leche divina con que la va criando su Esposo y mejorándola para poderla regalar y que merezca cada día más».

«El entendimiento no discurre sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando y ve tanto que no sabe a donde mirar». Cuando despierta del sueño queda como cosa espantada, embobada y con un santo desatino. Aunque no sabe de sí—en el sueño mismo—mas no está tan fuera de sí, que *no entienda algo* de lo que pasa».

La escala próxima para la unión, es a no dudar, el estado de fascinación antes descrito, el cual cuanto más perfecto, escapa tanto más al ojo de la reflexión (1). La violencia del

1 Desenvuelve esta doctrina originalísimamente S. Juan de la Cruz con el nombre de «*Sueño Místico perfecto*», en la Subida del Monte Carmelo, lib. II, cap. XII edic. crítica.

«Si consideramos en el rayo de sol que entra por la ventana, vemos que cuanto el dicho rayo está más poblado de átomos y motas, mucho más palpable, sensible y más claro le parece a la vista del sentido, y está claro que entonces el rayo está menos puro y menos claro en sí y sencillo y perfecto; pues está lleno de tantas motas y átomos. Y también vemos que cuando él está más puro y limpio de aquellas motas y átomos, menos palpable y más oscuro le parece al ojo material, y cuanto más limpio está, tanto más oscuro y menos aprehensible le parece. Y si del todo, el rayo estuviese puro y limpio de todos los átomos y motas, hasta de los más sutiles polvicos, de todo parecería oscuro e imperceptible el dicho rayo a los ojos por cuanto allí faltan los visibles, que son los objetos visibles de la vista; y así el ojo no halla visibles en que reparar, porque la luz no es objeto visible de la vista; sino el medio con que ve lo visible, y así, si le faltaren los visibles, en que el rayo o la luz haga reflexión, no se verá. De donde si entrare el rayo por una ventana, y saliese por otra sin topar en alguna cosa que tuviese tomo de cuerpo, no parece se vería nada y con todo eso el rayo estaría en sí más puro y más limpio que

amor, que transfunde en Dios al alma, hasta adueñarse en absoluto de ella y transfigurar las potencias anímicas que soberanamente perfeccionadas por las iluminaciones y encendimientos amorosos dejan sentir su redundancia sobre potencias inferiores y sentidos; produce los efectos maravillosos a que alude la Santa en los textos transcritos.

La Unión.—Actividad intensa.

Al arrancamiento de todas las operaciones que puede tener estando en el cuerpo, sucede la divina unión, cuando S. M. nos mete y entra en el centro del alma, para sellarla con su sello, que es el mismo Dios.

«Fija Dios a sí mismo en lo interior del alma», esa es la frase lapidaria de la Doctora mística, que descubre un mundo de horizontes desconocidos y hermosísimos. Lo que el alma allí siente, dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. «Díjome el Señor estas palabras: Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí. Ya no es ella la que vive, sino yo; como no puede comprender, lo que *entiende es*, «NO ENTENDER ENTENDIENDO». Ese «*deshacerse toda el alma*», y «*no entender entendiendo*» dan la pauta de la actividad de las potencias que son elevadas a tanta altura que escapan las operaciones a concepto humano, incapaz por semejanzas y remedos de esclarecer algo la soberana realidad, que con desenvolverse en medio de claros y purísimos fulgores, es como tiniebla a la luz mortecina de la razón y al escrutador sondeo de la conciencia.

Madurez mística.

En el último tercio de la vida, hacia el año 1557, el mundo de las interiores comunicaciones, que por grados creció,

cuando por estar lleno de cosas visibles se veía y sentía más claro. De la misma manera acontece cerca de la luz espiritual en la vista de el alma, que es el entendimiento, en el cual esta general noticia y luz que vamos diciendo sobrenatural, embiste tan pura y sencillamente y tan desnuda ella y ajena de todas las formas inteligibles que son objetos proporcionados del entendimiento, que él no las siente, ni las echa de ver. Antes, a veces (que es cuando ella está más pura) le hace tinieblas porque le enajena de sus acostumbradas luces».

(En las edic. antiguas este fragmento se encuentra en el cap. XIV. lib. I. pág. 95 edic. Rivadeneira).

adelantándose a proporción el espíritu hasta la última cumbre de la perfección; aquella vivísima actividad de favores y correspondencias que mantenían a secretas Teresa y Jesús en escondido rincón de la celda, transparentóse paso a paso a los ojos atónitos de sus hermanas que vieron fulgurar en aquella frente adorada carismas extraordinarios, premio gratuito del Esposo a un corazón cuyas generosidades corren parejas con las del gran Obispo de Hipona y cuyos sacrificios iban en aumento por días.

Propia y esencialmente no son los éxtasis forma de oración, aunque de la contemplación se derivan y a ella se ordenan, sino actos adicionales en los grados más sublimes, resonancia ostensible del misterio que oculto se esconde en regiones e inexplorados centros del espíritu, consecuencia nata de la contemplación, a la cual acompañan como los arboles a la aurora.

La extensión que toma el discurso me obliga a abreviar en líneas generales las maravillas de los grados superiores. El arrobamiento, o *levantamiento de espíritu* es diferente de la unión, aunque la supone, llevándola inmensa ventaja. «Viene un ímpetu tan acelerado y fuerte que arrebatara el alma y la saca de sus sentidos. El cuerpo, quitada toda pesadumbre, tórnase ligero y a veces se levanta de la tierra, *porque el espíritu le lleva tras sí* y es con suavidad grande». Aquí nacen al alma alas para bien volar, aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, aquí como en baño celestial se sumerge el espíritu capacitándose para aunar en íntimo sosiego y tranquila correspondencia la vida activa y la contemplativa, renovando de continuo sus energías, pues «nunca a pesar de absorberse y andar suspensas las potencias, estuvo el alma tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz y conocimiento de su majestad».

Descúbrese en estas moradas secretos estupendos: las hablas divinas se suceden con palabras muy formadas, «que si no se oyen con sentidos corporales, hacen que el entendimiento advierta lo que se dice, aunque le pese». Allá tiene el alma otros oídos y es un lenguaje tan del cielo, que se puede mal dar a entender. Pone el Señor lo que quiere en lo muy interior y allí lo representa sin imagen, ni forma de palabras, sino a manera de visiones.

Parecerá que esas hablas agotan el tesoro de las misericordias divinas, mas ¿cómo poner tasa a la espléndida largueza de Dios? Sin detenernos en las visiones sobre el cielo, el infierno, etc. etc., ni en las admirabilísimas del ciclo sobre la Santa Humanidad, las más regaladas y sublimes de los místicos de todos los siglos, en la contemplación, a solas con su Maestro, en el libro vivo, aprendió Teresa noticias claras sobre los dogmas cristianos, hartóse de ver por sus ojos lo que en carne mortal se puede ver en aquella Verdad, fundamento de todas las verdades, que se esculpían en la inteligencia a golpes de luz y se fundían en el centro del alma entre vivísimos ardores de abrasador incendio amoroso. A los pies de Jesús recibía el rocío de sus iluminaciones y aquellas especies inteligibles desnudas de fantasma, luminosamente representativas, irradiación de la mente increada. Visiones destinadas a ojos del espíritu confortados con soberanos dones, el mundo, cuán hermoso es, no atesora elementos para de nuestro natural figurar esas realidades de inefable hermosura. Aun de sola la blancura y resplandor, dice la Santa, que «no es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave y el resplandor infuso da deleite grandísimo a la vista y no la cansa, ni la claridad que se ve para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos en comparación de aquella claridad y luz, que no se querrían abrir los ojos después. Es como ver una agua clara, que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol, a una muy turbia y con gran nublado y corre por encima de la tierra. No porque se la representa sol, ni la luz es como la del sol; parece en fin luz natural y estotra artificial. Es luz que no tiene noche, sino como siempre es luz, no la turba nada».

A medida que el espíritu se espacia en esa atmósfera de endiosamiento por fúlgida aprehensión de las ideas puras, inmóviles y serenas, tórnase más perfecta la compenetración entre potencias y sentidos, y en medio de las mercedes divinas más sorprendentes gana un señorío tan grande que apenas se inte-

rumpe el curso normal del mundo inferior, cuyos movimientos se acomodan al giro que el Espíritu Santo imprime en el cielo místico del alma.

Esta sería ocasión para recordar los cauterios y heridas de amor. En prosa y verso canta Teresa esas heridas, que producen unos deseos de Dios tan vivos y tan delgados que no se pueden decir y acrecen a medida que más se descubre Su Divina Majestad (1). Pues las heridas de amor, jùntanse con vistas del Esposo, el cual aparece al alma para enamorarla, purificándola más y más en orden al místico desposorio y matrimonio espiritual. «Un día muy en lo interior, refiere Teresa, aparecióseme por visión imaginaria Cristo después de la comunión, dióme su mano derecha y díjome: «Mira este clavo que es señal de que serás mi esposa desde hoy. De aquí adelante, no solo como de Criador y como de Rey y tu Dios mirarás por mi honra, sino como de verdadera Esposa mía. Mi honra es tuya y la tuya mía».

¡Los desposorios y el matrimonio espiritual!: A partir de esa merced altísima, los misterios del divino ilapso se resisten a concepción humana y son inefables. La unión que es principio, medio y fin en las místicas ascensiones llega aquí al sumo apretamiento de todos los posibles en la noche oscura de la fe. El «*verbum informe*» que algunos estatuyen, sinónimo de influencia universal y sencillísima que del sol divino por las potencias sobrenaturalizadas se esparce como luz difusa, en el cenit del matrimonio espiritual luce con fulgor meridiano, dora el sazonado fruto de las virtudes y no solo pone al entendimiento en lumbre de verdad, sino le hinche con sus divinos resplandores y a favor de su luz sobreexcelente, desde la atalaya de la eternidad, *sub specie aeternitatis*», contempla la realidad de las criaturas (1). Desaparecen los mensajeros, que lejos de saciar, avivan más las ansias y se establece contacto entre sustancias desnudas, el alma y la divinidad. Teatro de esas operaciones secretísimas y divinísimas es el centro muy interior del alma, que es «a lo que más

1 Vide Moradas sextas, cap. XI, p. 479 edic. Rivadeneira. San Juan de la Cruz. Llama de amor viva, canción 2.^a, verso 2.^o p. 228 y sigs.

2 «...Acaece venir de presto una suspensión, adonde le da el Señor a entender grandes secretos que parece los ve en el mismo Dios y se le descubre cómo en Dios se ven todas las cosas y las tiene todas en símesmo». Moradas sextas, cap. X.

puede llegar su ser y virtud, y la fuerza de su operación y movimiento» (1).

De forma que Dios y el alma, como dos desposados que ya no se pueden apartar, conviven la misma vida, se hacen mutua y total entrega y prelibando comunicaciones que parecían reservarse para la gloria, se descubren secretos, que ni soñar se podían en anteriores Moradas. Hasta el temor huye de que venga a turbarse la paz de aquellos abrazos, porque «EN LA SUSTANCIA dice Teresa—SOLO SU MAJESTAD MORA». «En la esencia, dice Sto. Tomás (2), no entra sino aquel que da el ser, Dios creador». La actividad a potencias y sentidos, que se rinden con esfuerzos menos heroicos, aquí revierte de superior foco de energías, pues caen bajo la potencia obedencial y los actos anagógicos se despliegan en fuerza del divino ilapso con cierta espontaneidad admirable, «en paz y suave amor» (3), a tal punto que el mundo natural y el místico parecen girar con perfecta coordinación en sus órbitas, sin estridencias ni espasmos, con pleno dominio sobre las zonas de influencia, en maravillosa armonía. Los diversos centros del alma fundan, por decirlo así, un sistema armónico de mundos, más bello que un mar de soles, sobreextendiéndose en torno al más profundo centro, que es la estancia donde el Rey del Castillo solo mora. Pues a todas las Moradas se extiende hermosa luz y en la más interior se realizan por cierta manera de representación de la verdad subidas visiones intelectuales de Cristo glorioso y lo que apenas parece creíble, si no lo testificara la Santa (4), de la misma Trinidad. «Se le muestran todas tres Personas con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, de forma que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir por vista».

1 San Juan de la Cruz. Llama de amor viva, canción 1.^a verso 3.^o p. 219. Sta. Teresa. Moradas séptimas. cap. 1.^o.

2 «In essentiam non intrat, nisi ille qui dat esse, scilicet Deus Creator». In II. m., d. VIII q. 1.^a a. 5 ad 3. m.

3 San Juan de la Cruz. Declaración del Cántico Espiritual, canción XIII. verso 2.^o p. 166. «Los que han llegado ya (al estado de aprovechados) tienen toda la comunicación hecha en paz y suave amor y cesan los arrebatamientos que disponían para la tal comunicación».

4 Moradas séptimas p. 482.

En el matrimonio espiritual la actividad suma del hombre jùntase con la comunicaci3n suma de Dios, y se compenetran Marta y María, aplicando las manos a las más heroicas empresas que débiles hombres pasean triunfantes por el mundo contra todos los cálculos de prudencia humana, mientras en la suprema regi3n del alma, en lo muy más interior, en aquel hond3n secreto que no se sabe decir cómo es porque no tiene letras, se mantiene la divina uni3n, se experimenta la grata compaía de Jesús amabilísimo, se sienten aquellos abrazos que beatifican y hacen desfallecer el ánima porque el Amado no acaba de «*entregarse ya de vero*», sin sombras ni celaje, en clara transfiguraci3n gloriosa.

Teresa bajo el aspecto literario. — Indicaciones generales.

No puedo extenderme a mi sabor sobre el interesante tema apuntado, teniendo que limitarme a indicaciones generales sobre el aspecto literario de Santa Teresa.

Como era costumbre de aquella edad, en 15 de setiembre de 1587 Fr. Luis de León lanzaba en la carta-prólogo a la «Vida de la Santa Madre» un programa crítico para apreciar los méritos literarios de Santa Teresa. Aquella crítica del Legionense amplia y reposada, no la ha superado ningún crítico posterior: por eso cuantos estudien a Santa Teresa en su aspecto literario, ponen siempre al frente las palabras del Maestro. «En sus libros, dice, sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo que la madre Teresa fuese un *ejemplo rarísimo*: porque en *la alteza* de las cosas que trata, y en *la delicadeza y claridad* con que las trata, excede a muchos ingenios; y en *la forma del decir*, y en *la pureza y facilidad del estilo*, y en *la gracia y buena compostura de las palabras*, y en *una elegancia desafiada*, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale».

Consecuente con su programa, el Maestro León fué el primero en alzar airado su voz contra el atrevimiento de enmendar los originales de la M. Teresa, trabajando en su gloriosa ancianidad por reducirlos a su propia pureza. «Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía a escribirlas fué atrevimiento gran-

dísimo y error muy feo querer enmendar las palabras, porque *si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia*. Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones y rompe el hilo, comenzando muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura».

Es Santa Teresa un ejemplo rarísimo en sus escritos. «Mi alma» llamó ella varias veces la relación de su vida y traslados de su alma son desde el último fragmento del copioso epistolario hasta los más sublimes capítulos del «Castillo Interior». Traslados de un mundo interior admirable, traslados de la ciencia experimental que maduraba con los años, traslados del esclarecimiento extraordinario y constante que obraba Dios en el alma, son sus libros.

La literatura de esos escritos, cosa rara, no ha sufrido depreciación jamás. Aun en las traducciones Santa Teresa no pierde su fisonomía originalísima, su peculiar atractivo y conquista fervorosos admiradores, siendo voz común que sus escritos no admiten tilde, ni retoque. Dióla en efecto beso de amor el Creador de toda belleza y aquel espíritu nacido para volar por regiones donde solo entran las águilas, lleva aire de regia estirpe en todo, no importando tanto los esmaltes y galas de lenguaje cuanto el ritmo interior de su pensamiento.

No se ha hecho aun concienzudo estudio sobre el lenguaje en las obras de Santa Teresa. La riqueza idiomática de su léxico, la variedad de los giros, su sintaxis especialísima, como forma estereotipada al menos de la sintaxis de personas no letradas en aquel siglo de humanismo y cultura, tienen valor incalculable en el estudio de la evolución de la lengua, que algún erudito aprovechará en su día. Ingeridas en las más sublimes expansiones intercala Teresa no ya palabras, sino modismos, adagios y frases enteras que ha ido labrando el vulgo al rodar de las edades. Bajo este aspecto dudo que supere a la riqueza Teresiana ningún autor de Misceláneas o Silvas de Varia lección, en aquella centuria en que tanto escribieron nuestros ingenios. Sin la aparición de Teresa, en literatura ascética y mística tendríamos una laguna muy difícil de llenar por lo que atañe al modo de expresar el vulgo sus conceptos sobre

Dios y asuntos piadosos en lenguaje corriente, grave, llano y familiar.

No es posible tampoco detenerse en ponderar el influjo que ha ejercido Teresa sobre cuantos, después de ella, han escrito sobre Mística, lo cual no se alcanza sin peregrinas dotes de ingenio. Autores hay, cuyos más positivos aciertos, lejos de tener originalidad propia, son copia o adaptación más o menos afortunada del inagotable minero de Santa Teresa, que no sufre mengua a pesar de las depredaciones literarias. Muchos han acudido a él, muchos acudirán en lo sucesivo, porque es tesoro abierto, capaz de enriquecer a muchas generaciones. Y al inspirarse en Teresa, no es que se imponga solo el concepto, la idea abstracta; se impone también la frase, la agudeza, las genialidades de la Doctora Avilesa, hasta la marca femenina de aquella gran cabeza, asombro del mundo por lo que ejecuta, por lo que piensa y por lo que escribe.

Como en los grandes monumentos de la literatura universal, con ser muy grande el interés del héroe, que es ella misma, no es lo que más descuella en sus escritos. El ambiente local, el cuadro de costumbres precisan el escenario de la acción y favorecen para unirse en contacto íntimo el lector y la que entrega su alma en cálidos fragmentos que palpitan vida por cada vocablo. Al abrir el libro de «Las Fundaciones» el medio social, que allí se ve, multicolor y heterogéneo, produce fascinador encanto de realidad que conforta y regala. Y qué hechizo causan, al pronunciarse, los nombres de aquellas grandes figuras de nuestra historia, los apellidos familiares de caballeros e hidalgos, de religiosos y clérigos, de canónigos y Prelados. Pues los caminos, las jornadas, las alquerías, las posadas y ventas descríbelas Teresa con tan robusto pincel que se produce a veces la ilusión de recorrer aldeas y ciudades, en amistosa compañía con aquella caravana de fundadoras. Sin embargo, sobre este color local, sobre accidentes concretos y singulares, agítase siempre algo universal y transcendentísimo, que halla resonancias en el fondo humano, despertando nobles afectos, pues sobre la narración flota el espíritu de la Reformadora del Carmelo, que ora predica penitencia en sus viajes bajo el toldo de un carro, ora en sus flaquezas siente el brazo de Dios que la conforta, ora se abren sus labios por espíritu de profecía y con el acicate de ganar almas para Jesu-

cristo, como ella sabía hacerlo, va prendiendo fuego de amor con sus donaires y gracia familiar, con el calor comunicativo que vivifica sus palabras, mas que palabras flechas enherboladas en la fragua siempre ardiente del divino amor. Como si por estos títulos no se derivaran a su estilo cualidades ventajosísimas, mientras en otras obras literarias se acude a una geografía convencional, recreando la fantasía con un mundo poético más o menos irreal, en las obras de Teresa el mayor encanto son la realidad geográfica e histórica que facilísimamente se reconstituyen con deleite estético insuperable para el lector. Hablando en la «Caput Castellae» cómo ponderar las simpatías que despiertan aquellas páginas, en que con mano trémula describe los altos y bajos en la «fundación del glorioso San Josef de Santa Ana en la ciudad de Burgos», la última de su vida? La visita, recién llegadas las fundadoras, al Santo Cristo de Burgos; las devotas salidas que hacían domingos y fiestas para oír Misa, a la iglesia de San Gil y otras parroquias; las vacilaciones del Arzobispo D. Cristóbal Vela, veneradísimo en los gloriosos fastos de este Seminario, en lucha con los propios afectos avivada por intrigantes de camarilla, de la cual triunfa definitivamente el generoso y magnámo Prelado; las molestias que sufrieron en el hospital de la Concepción a cargo del gran siervo de Dios, Hernando de Matanzas; la rápida semblanza de los canónigos Salinas y del prestigioso Magistral «canónigo de púlpito, doctor Manso»; la oficiosidad y desinteresados servicios del Licenciado Aguiar, a quien apoyan en el Ayuntamiento Alonso Manrique, numerosos munícipes y prestigiosos caballeros de la ciudad; y sobre todo aquella heroína que puebla con sus hijos tres monasterios, la venerable Catalina de Tolosa, que tanto parecido guarda con la *mujer fuerte* de la Escritura; para memoria de las gentes no pudieron archivarse en museo mejor que en aquellos trazos firmes que a pesar de los achaques rasgó Teresa y constituyen el más artístico fragmento de su libro «Las Fundaciones».

El mundo sobrenatural y humano, la realidad objetiva y psicológica con la fecunda variedad de estados amínicos penetran por doquiera los escritos de Teresa, animando el cuadro de la narración: la Mística Doctora abre sus facultades a toda impresión, venga del cielo, de la tierra o del

abismo; la mirada de su espíritu es penetrante, clara y vivaz; cuando revierte sobre sí propia, sobre sus afectos y movimientos, lo mismo que cuando se derrama sobre algo exterior y tangible, el señorío del alma se mantiene equilibrado y sereno. Espontáneas y fáciles surgen en su mente las ideas, sin jamás interrumpirse aquel borbotón de vida, y sin embarazo, casi sin artificio, ordenadamente se agrupan en torno a la idea principal, que ilustran con los sinnúmeros resortes que sabe poner en juego aquella cabeza arquetipo, la cual al traducirlas después en lenguaje de cristianos les comunica vigoroso relieve, realizándolas con variadas y ricas galas de estilo.

La inspiración que fugaz conmueve al artista rozando suave la frente con sus alas, la inspiración que da carne y vida al tipo ideal, convirtiéndole en hijo de la mente, en creación personalísima del ingenio, es de más subido linaje y brilla por más alta manera en Teresa de Jesús. Sobre aquella frente posó la inspiración, no fugaz sino permanente; en su espíritu se crearon vivos trasuntos del ideal que brillaba con más fulgurante luz que la del sol y hermosuras terrenas, y acariciándole como ensueño de su alma, transubstanciándose en algo vivido, como hoy se dice, que traspasa, al vaciar el troquel admirable de sus escritos, la vida intensa, la diáfana transparencia, la fácil y sincera ingenuidad del pensamiento, comunicando singular hechizo a cuanto brota de su pluma. Por depuración genial Teresa resume las más eximias cualidades del pueblo castellano, creyente y austero, en la segura orientación ascética que determina en el siglo XVI un Tribunal tan beneficioso como calumniado; ella en la Mística española recoge los elementos aprovechables y labra un palacio definitivo y perfecto, en el cual cada Morada es un encanto por su traza, por su variedad, por los tesoros que encierra, por el arte literario que decora cada uno de los capítulos. El diseño total vino del cielo, pero la ejecución humana es la mayor gloria que pudo caber al ingenio español, siendo el orfebre encargado por Dios de fabricarle la que más entendió de ese arte en el mundo, Teresa de Jesús.

Ejemplo para los Seminaristas.—Laboriosidad.—Un devoto de la Santa.—Encomio de D. Ramón María de Laviano.

Más podría decir, pero vuestra amabilidad tiene un límite máximo, y no quisiera llegar a él.

A vosotros, queridos Alumnos, después de haber esbozado ese mundo interior que Teresa llevaba consigo, mundo psicológico de ideas y sentimientos con variadísimos matices, mundo en que confluyen mercedes estupendas y esfuerzos heróicos, se os ocurrirá que Teresa en su santidad y en sus escritos es modelo que escapa a toda imitación posible, o que su estudio no reporta para talentos humildes provecho alguno. Y no es así en verdad. Teresa de Jesús es modelo muy humano. En cuanto escribe, no tuvo delante otro auditorio para su conversación llana y castellanísima, sino humildes monjas que habían de acostarse en su acción al gobierno de una regla poco compleja y de Superiores, si de buen entendimiento, nada letradas y doctas. Ella misma que en los últimos años andaba siempre «en la visión intelectual de las Tres Personas y de la Humanidad, que no se le quitaban las hablas interiores y avisos del cielo» (1), ponía en sus actos tanta prudencia, (testigo es la fundación de Burgos), tanta medida y tanto orden, como si nada obrase sobre ella la superior prudencia del Espíritu Santo. Apenas puede también imaginarse la violencia que se hizo sobre afectos y movimientos, hasta dominarlos plenamente. No puede suprimirse, es cierto, en la explicación de su vida el influjo del Espíritu divino, pero apenas se echa de ver sino el trabajo propio en todos los órdenes.

Y en esto sí, queridos Alumnos, que la vida y escritos de Teresa son texto vivo y texto de los mejores. Para mí al menos no quisiera perder de vista ese modelo, mientras en mis ojos hiera algún reflejo de luz y aliente en el ánimo un respiro de vida. Del amor a los escritos de Teresa nos dió ejemplo un venerable varón, comprofesor nuestro hasta el ocaso de su gloriosa vida, maestro por más de 40 años de todo el clero

1 Carta a D. Alonso Velázquez, obispo de Osma, confesor que fué suyo en Toledo.

de la Diócesis, cuyas cenizas están calientes aun, el cual no acierta nuestro cariño a convencerse que haya sido arrebatado a las regiones de la inmortalidad.

Me refiero al M. I. Sr. D. Ramón María de Laviano, ¡Oh! qué hechizo familiar tiene al pronunciarse su regalado nombre! ¿Cómo no consignar aquí debil recuerdo a su memoria veneranda? En los últimos años, cuando después de paladear la ciencia humana en sus múltiples manifestaciones, el alma pía por otra ciencia, que suministre jugos, auras de vida e inmortales esperanzas al caduco corazón, D. Ramón María de Laviano reposaba habitualmente en la lectura predilecta de Teresa de Jesús. Los libros de Teresa fueron los últimos que hojearon sus dedos: los rasgos que trazó sobre el papel la Mística Doctora fueron los últimos caracteres en que se fijó la penetrante mirada de aquellos ojos de águila: del corazón transverberado de Teresa, que D. Ramón llamaba «*de fino diamante*», ¡cuántos afectos se derivaron al suyo, grande y sencillo como de verdadero maestro!

El Espíritu de D. Ramón Laviano a través del sepulcro seguirá conversando con nosotros, alumbrando nuestro magisterio con la serena claridad de sus enseñanzas. Así a cabezas jóvenes equilibrará el peso de los deberes y el ejemplo de los Maestros que fueron. No es posible borrar de la memoria aquel rostro enjuto, espejo de un alma candorosa a pesar de la nieve de sus cabellos, ni olvidar el acento de su voz sonora, dulce y persuasiva, ni aquella mirada agudísima, aquellos gestos geniales, la modestia de sus vestidos, aquella postura humilde en la tribuna profesoral. Hasta su glorioso ocaso, con desprendimiento, con generosidad y sacrificio, por reducir a acto el inveterado hábito de enseñar, como buen jornalero, él, humildísimo hijo de la Iglesia, respetuosísimo a la Autoridad, como lo fué Teresa, laboró en esta oficina de generaciones intelectuales, a la hora de Tercia y Nona; por lo cual aquí ante vosotros, claustros de Doctores y Profesores, ante vosotros, alumnos, campo de mieses en flor preñados de esperanza y de promesas, será bien perpetuar el recuerdo de su nombre. Su aula en los últimos años, en que yo le escuché, era una fiesta perpetua del ingenio, llena de amenidad y de embelesos. Muy poco escribió, si se exceptúa el lugar destinado en el Boletín de la Diócesis a «*Collationes Morales*»; pero su ingenio ame-

nísimo mal podía contenerse en el estrecho cauce de la forma escrita. En la clase se desplegaban las ricas facetas de su ingenio, sazónándolo todo aquella conversación, cuyo encanto no se puede describir. La imaginación fresca hasta el invierno de su apacible senectud tenía siempre vivos colores, y junto con su poderosa y diáfana inteligencia contribuía a una creación artística continua. Porque así era en verdad: la estructura de su mente, rica en medio de la solidez, era un crisol que de nuevo fundía en cada clase, en cada curso las ideas que recogiera con su curiosidad innata. En una pieza era D. Ramón filósofo y teólogo, historiador y escriturista, geólogo y desenterrador de la cultura antigua y Patrística, sin grande erudición pero con magníficos cimientos, narrador de patrañas que no creía, entreveradas con anécdotas chispeantes a lo Feijóo; pero era sobre todo un artista que parece no aprendía en los libros, con haber leído tanto, sino que sacaba de la fragua de su mente creadora la última lección, que por ser la última dejaba sabrosísima impresión de llana y docta plática familiar, que un anciano refería *con amore* a distraídos alumnos, que eran su obsesión y su flaqueza. Con D. Ramón hemos perdido no solo un sabio maestro y cariñoso comprofesor, un padre de todos, que en los últimos años tuvo el regocijo de ver a aventajados discípulos ocupar altas dignidades, mientras otros honran hoy las clases y el régimen de la Universidad, miembros además del Cabildo Metropolitano, sino que con él se extingue el tipo de una cultura tradicional; pues a más de neto y castizo burgalés era único superviviente de una casta de hombres que desaparece, célebre por la contextura de su espíritu robusto como la encina de nuestros bosques, casta de hombres que salvaron sobre sus hombros en medio de las inundaciones revolucionarias la cultura de los mayores, siendo anillo de una y otra edad, legándonos el *palladium* de su fe, el ejemplo de su vida y de sus virtudes patrióticas, aquel tesoro antiguo que hemos de hacer valer en medio de la evolución honda que todos los órdenes de la vida invade. Su sombra tutelar velará desde el cielo por estas aulas que parecen llorar su muerte, la que inaplacable arrebató nuestros grandes prestigios y mejores maestros. Pues bien, creedme, si alguna vez en espíritu renovamos aquellas pláticas sabrosísimas con don Ramón Laviano, preguntándole sobre Santa Teresa, estad se-

guros que asentirá a que hojeemos con frecuencia sus escritos, pues en el orden místico y literario campea sola y con propia brillante luz fulgura en ese cielo la Doctora incomparable, como fulgura en el cielo de la santidad el abrasado Serafín del Carmelo.

He dicho.

DANIEL TORRE GARRIDO.

Burgos-1-octubre 1914.









